

MARK TWAIN

Selección y nota introductoria de
ANA ROSA GONZÁLEZ MATUTE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2011

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, <i>ANA ROSA GONZÁLEZ MATUTE</i>	3
<i>DE EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO Y OTROS CUENTOS</i>	
LA CÉLEBRE RANA SALTARINA DEL CONDADO DE CALAVERAS	6
EL ASISTENTE NEGRO DEL GENERAL WASHINGTON	13
<i>DE UN VAGABUNDO EN EL EXTRANJERO</i>	
CUENTO DEL AZULEJO DE JIM BAKER	17
UN REPORTAJE SENSACIONAL	23

NOTA INTRODUCTORIA

...la cultura americana se convirtió, para nosotros, en algo muy serio y precioso; se convirtió en una especie de gran laboratorio donde, con otra libertad y otros medios, se buscaba el mismo ímpetu de crear un gusto, un estilo, un mundo moderno que, quizá en menor inmediatez pero con voluntad igualmente obstinada, perseguían los mejores de entre nosotros.

Cesare Pavese

Mark Twain (1835-1910), cuyo nombre verdadero era Samuel Langhorne Clemens, se suma al tipo de escritor que le descubre al lector un vasto microcosmos, reflejo de nuestro mundo, con todas sus incongruencias e injusticias retratadas a través de una sátira política y ética que revela su sentido interno de misantropía. En su copiosa y heterogénea obra (novelas, cuentos, artículos, diatribas, fábulas, ensayos) prevalece la unión entre lo cotidiano y lo significativo, lo que le imparte peso, gravedad; nada resulta gratuito y todo parece inevitable, precisamente por ser producto de la coincidencia entre lo colectivo y lo particular, es decir, entre las exigencias históricas del momento y la visión del autor. Esto explica también por qué era un apasionado de la biografía, de la autobiografía y de la historia.

Si bien Twain sintió la necesidad de recurrir a las formas narrativas ya practicadas y situadas dentro del ámbito cultural de su país para darles un valor, una textura y un sentido novedosos, al mismo tiempo les impartió esa marcada vitalidad que el uso de su corrosiva ironía hizo posible.

Curiosamente, la mayor parte de sus libros fueron escritos en pequeños episodios: tal el caso de *A Tramp Abroad*, *Life on the Mississippi*, *Innocents Abroad*, entre otros. Este último tiene ya el corte satí-

rico mediante el cual muestra, más que su independencia de la cultura europea, su indiferencia a ella.

La ironía, que se constituye como el centro de toda su obra, tiene la función de objetivizar la subjetividad del autor, creando así un fundamento para la realidad que nace del propio artista, dándole un sentido profundo y crítico que marca lo original de las situaciones, el cuidadoso estilo, la elaborada estructura y el sentido del humor, que hacen de su producción una de las más logradas de la narrativa norteamericana del siglo pasado. Así, su obra se inscribe dentro de las tendencias literarias de fines del siglo XIX, cuando se definieron dos caminos del futuro desarrollo de la literatura norteamericana: el primero, que conducía a una aceptación de la naturaleza y tradiciones propias, a la vez que exploraba el mundo interno del hombre; el segundo, que experimentaba con nuevos métodos narrativos.

En este sentido, contribuyó, tanto o más que Nathaniel Hawthorne, Henry James o Sherwood Anderson, entre otros, al desarrollo de la novela moderna estadounidense, y es probable que su influencia haya sido decisiva en la evolución de la prosa de su país. De ahí que se haya hablado de él como un innovador radical, un reformador que alteró el estilo narrativo del pasado siglo al incorporar la sintaxis, los ritmos, los modismos y el vocabulario de la vida común. *La célebre rana saltarina del Condado de Calaveras* (1867), título de su notable cuento y primer libro de relatos, muestra su talento para incorporar los dialectos de las diferentes clases sociales y castas con naturalidad, flexibilidad y belleza de lenguaje. Sus innumerables personajes (fletadores, aventureros, negros, indios, cargadores, etcétera) con frecuencia aparecen a bordo de los vapores que viajan por el Mississippi. En los cuentos, como en la mayoría de sus novelas (desde luego en las más leídas, *Tom Sawyer*, 1876 y *Huckleberry Finn*, 1884), se combinan algunas de las características más sobresalientes de su obra: la ironía, la fantasía, el realismo y la mitología para retratar la tragedia del hombre con

todos sus contrastes, porque lo sugestionaban los acontecimientos reales, la verdadera condición del hombre, la realidad antes que la leyenda. Además de la vida a orilla del Mississippi, su interés se volcó tierra adentro. En *¿Qué es el hombre?* (1906), también se percibe esta preocupación, mediante la cual logró profundizar en el tema de la mezquindad humana.

Por todo lo anterior podemos inferir que Mark Twain abrió la brecha a una nueva forma de observar la realidad norteamericana, y como revelador del paisaje e idiosincrasia de su país, se constituyó como un innovador al hacer uso de su fuerza e intuición narrativa, de su sentido universal de la vida y de su observación profusa de los fenómenos concretos que lo rodearon.

ANA ROSA GONZÁLEZ MATUTE

DE *EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO Y OTROS CUENTOS*

LA CÉLEBRE RANA SALTARINA DEL
CONDADO DE CALAVERAS

A petición de un amigo mío que me escribió desde el este, fui a hacer una visita a Simón Wheeler, un viejo bonachón y gárrulo, y le pregunté por el amigo de mi amigo, llamado *Leonidas W. Smiley*, como se me había encargado que lo hiciera; y he aquí el resultado. Abrigo la secreta sospecha de que *Leonidas W. Smiley* es un mito, y de que mi amigo en su vida ha conocido a tal personaje; y lo único que había hecho era conjeturar que si yo preguntaba acerca de él al viejo Wheeler, mi cuidado le haría acordarse de su infame *Jim Smiley*, e inmediatamente se pondría a la obra y me inspiraría un aburrimiento mortal con alguna infernal reminiscencia de tal sujeto, tan larga y fastidiosa como inútil para mí. Si tal fue su designio, le salió todo a las mil maravillas.

Encontré a Simón Wheeler echando, a sus anchas, un sueñecito junto a la estufa del bar, en la vieja y descascarada taberna del decaído campo minero del Ángel, y noté que estaba gordo y calvo, con expresión de irresistible dulzura y simplicidad en su sereno semblante. Levantose él y me dio los buenos días. Le dije que un amigo mío me había encomendado ciertas averiguaciones sobre un muy querido compañero de su infancia llamado *Leonidas W. Smiley* o el Reverendo *Leonidas W. Smiley*, joven misionero del Evangelio, que, según aquél había oído, estuvo algún tiempo residiendo en el campo del Ángel. Añadí que si el señor Wheeler podía referirme algo relativo a ese Reverendo *Leonidas W. Smiley*, yo sería su eterno agradecido.

Simón Wheeler me fue siguiendo hasta un rincón y me bloqueó allí con su silla, después de lo cual se sentó en ella y fue dándole aire a la relación monótona

que sigue a este párrafo. Ni una sola vez se sonrió, jamás frunció las cejas, ni cambió ese tono de su voz, mansamente fluido, iniciado en su primera frase; y ni por casualidad reveló el más leve asomo de entusiasmo; pero a través de toda su interminable narración corría una vena de sinceridad y seriedad impresionantes, franca demostración de que él, en vez de imaginar que hubiese en su historia algo ridículo o jocoso, la estimaba como asunto de la mayor importancia y admiraba a sus dos héroes como genios preclaros de la *estratagema*. Para mí, el espectáculo de un hombre relatando aquella extraña historia sin sonreír ni una sola vez, era exquisitamente absurdo. Como ya he dicho, le pedí que me contara lo que sabía del Reverendo Leonidas W. Smiley, y le dejé que siguiera adelante en su propio estilo, sin interrumpirle:

ô Hubo aquí una vez un sujeto a quien llamaban *Jim Smiley* ô sería en el invierno del 49, o tal vez en la primavera del 50ô , no lo recuerdo puntualmente; aunque lo que me hace pensar que sería en una u otra de ambas estaciones es mi recuerdo de que el saetín grande no estaba terminado cuando Smiley vino al campo por primera vez; pero, sea como fuera, era el tío más curioso que usted pudiera imaginarse: tenía la manía de apostar sobre lo que fuese, siempre que otro apostase desde el lado opuesto; y si no podía, cambiaba él de lado. No ponía reparos en el tema ni en el modo, y todo lo aceptaba con tal que su apuesta quedase en firme. Y tenía una suerte loca, pues casi siempre ganaba. Siempre estaba listo para una apuesta; y no bien salía algo a colación, él ya estaba apostando, dándole lo mismo apostar a un lado u otro, como le decía a usted. Si se corría una carrera de caballos, le hubiera usted hallado a la postre de ella con los bolsillos repletos, o con los bolsillos vueltos al revés; si había pelea de potros, apostaba; si había pelea de gatos, apostaba lo mismo; si había pelea de polluelos, apostaba todavía; es más, si veía dos pajaritos posados en el seto, le proponía a usted una apuesta sobre cuál de los dos alzaría primero el vuelo; y si el campo celebraba una de sus reuniones,

allí estaba el hombre apostando a favor del Cura Walker, a su juicio el mejor exhortador, y por cierto que lo era, y era, además, un varón excelente. En cuanto divisaba un escarabajo, echando a andar donde fuera, le apostaba a usted sobre el tiempo que emplearía para llegar dondequiera que fuese; y si usted le aceptaba la apuesta, era capaz de seguir al escarabajo hasta México para descubrir adonde se dirigía y cuánto tiempo le llevaría el viaje. Cualquiera de los muchachos que por aquí conocieron a Smiley podrá contarle sobre él. Y a él de todo le daba igual, mientras pudiese seguir en su chifladura. Una vez, la señora del Cura Parson estuvo de lo más enferma, y parecía que no iba a salir con vida de aquel trance; pero una mañana vino el cura, y al preguntarle Smiley cómo estaba la señora, le dijo que mucho mejor ô de lo cual había que agradecerle al Señor por su infinita bondadô y que ya estaba reponiéndose en tal forma que, con la bendición de la Providencia, se repondría del todo; y Smiley, soltando la palabra antes del pensamiento, dijo: ô Dos dólares y medio a que ni así.

Ese tal Smiley tenía una yegua, a la que la muchachada llamaba la jaca de los quince minutos; pero lo decían en broma, porque claro que andaba mucho más que todo eso; y él solía ganar dinero con la yegua, a pesar de que el animal fuese de naturaleza tan quedada, y siempre padeciese de asma, de destemplanza, o de consunción, o cosa parecida. Solían darle dos o trescientas yardas de ventaja, y luego pasaban y la dejaban atrás en el rumbo; pero, cada vez, al aproximarse el final de la carrera, se ponía excitada y como desesperada, y corveteaba y daba brincos esparrados, y desparramaba las piernas, lanzándolas al aire o contra las empalizadas, y coceaba más y más polvo, y armaba cada vez más baraúnda, tosiendo y estornudando y sonándose hasta llegar a la meta un ancho de cuello antes que los demás.

Y tenía un cachorrillo de dogo, que si le hubiera usted visto, le habría parecido que no valía un centavo, como no fuese para merodear por allí, como un perro ordinario al acecho para hurtar algo. Pero ape-

nas era objeto de una apuesta, se convertía en un perro distinto: la quijada empezaba a echarse para adelante como un castillo de proa, y sus dientes se ponían al descubierto y relucían como los hornos de la fogonería. Y un perro cualquiera podía agarrarle y meterse con él, y morderle y lanzárselo por encima del hombro dos o tres veces, y Andrew Jackson ô pues éste era el nombre del cachorrilloô , Andrew Jackson no parecía sino que estuviera *de lo más* satisfecho, y como si jamás hubiese esperado cosa distinta; y las apuestas iban siendo dobladas cada vez más en su contra; pero él, entonces, de repente, hincaba los dientes en el otro perro, y precisamente en el muslo de la pierna trasera, y allí se quedaba como helado, no mascando, usted comprende, sino sólo clavando la dentadura y manteniendo la dentellada, hasta que los demás tiraban la esponja. Smiley siempre salió ganador con ese cachorro hasta que un día el animalillo tuvo que habérselas con un perro que no tenía piernas traseras, porque se las había amputado una sierra circular; y cuando el encuentro había durado buen trecho, y las apuestas estaban por las nubes, y el cachorro iba a lanzarse sobre su particular bocado, vio en un instante que le habían engañado, y que el otro perro le daba con el hueso en los hocicos, por decirlo así; primero, pareció sorprendido, y después, descorazonado, y ya no marcó empeño en ganar la pelea. Dio una mirada a Smiley como si quisiera decirle que ya todo era inútil, y que la culpa era *suya*, por haberle enfrentado a un perro que no tenía patas traseras de donde agarrarse, pues de ellas dependía toda su fuerza en la lucha; y después de eso se fue cojeando su poquillo, se tendió y murió. Buen cachorro era ese Andrew Jackson, y hubiera llegado a ser célebre si hubiese vivido, porque tenía pasta para ello y tenía, además, genio; lo sé, porque casi no había tenido oportunidad para brillar, y está fuera de duda que un perro no puede luchar en semejantes circunstancias, si hubiera carecido de talento. Cada vez que pienso en su última pelea y en el desenlace que tuvo, me entristezco.

Bueno, pues, ese Smiley tenía perros de presa rateros, y pollos de pelea, y gatos y toda clase de cosas, hasta quitarle a uno el sosiego, y no había nada que uno pudiera sacar sin que él viniera para apostar con lo suyo propio. Un día cogió una rana, y se la llevó a su casa, y dijo que tenía la idea de educarla; y por espacio de tres meses, no hizo más que estar metido en el patio trasero de su casa, enseñando a la rana a saltar. Y puede usted apostar que así lo hizo. Le daba una puñadita por detrás, y en el acto la veía usted a ella girando por el aire como un buñuelo y dar una voltereta, o tal vez dos, si había tenido un buen arranque, y se dejaba caer patiplana y feliz como un gato. Había ido educándola así, haciéndola cazar moscas, y la mantenía tan bien entrenada, que en cuanto el animalito veía una mosca, la agarraba. Smiley decía que una rana sólo necesitaba educación, y podía hacer cualquier cosa; y así lo creo. Nada, que yo le he visto poner a Daniela Webster en este mismo suelo o Daniela Webster era el nombre de la rana o y cantarle: ¡Moscas, Daniela, moscas!ö, y en un abrir y cerrar de ojos, ella daba un brinco y así una mosca en ese mostrador, y se tiraba otra vez al suelo, compacta como un pellón de tierra, después de lo cual se ponía a rascarse un lado de la cabeza con la pata trasera, tan indiferente como si no tuviese idea de que había hecho algo que no cualquier rana podía hacer. Jamás ha visto usted una rana tan modesta y de tanta derechura como ella, con lo dotada que era. Y cuando se trataba de un salto limpio sobre un nivel llano, podía abarcar más trecho de una sola brincada que cualquier otro animal de su raza que usted haya visto en su vida. Saltar sobre lo llano era su fuerte, comprende usted; y, cuando de esto se trataba, Smiley se ponía a amontonar dinero en su favor mientras le quedase un cobre. Smiley se sentía desafortadamente orgulloso de su rana; y con razón, porque tipos que habían viajado y estado en todas partes, declaraban todos que aquella rana sobrepasaba a cualquier rana que jamás hubiesen visto.

Bueno, pues, Smiley guardaba el animalito en una cajita de celosía, y solía conducirlo al pueblo en busca de una apuesta. Cierta día, un tipo ô un forasteroô se topó con Smiley, que venía con su caja, y le dijo:

ô ¿Qué diablos es eso que lleva en la cajita?

Y Smiley dijo, simulando gran indiferencia: ô Podría ser un loro, podría ser un canario; pero no es nada de eso: no es más que una rana.

Y el tipo tomó la caja, y la miró cuidadosamente, y le dio vueltas y más vueltas, y dijo: ô Hum..., así es. Bien, ¿y para qué sirve?

ô ¡Bah! ô dijo Smiley, complaciente y descuidadoô . Sirve bastante para *una* cosa; si no ando equivocado, puede saltar mucho más alto que cualquier otra rana en el Condado de Calaveras.

El tipo cogió nuevamente la caja, y le dio otra mirada muy larga y cuidadosa, y la devolvió a Smiley, diciendo, muy resueltamente: ô Bueno, pues, yo no le veo nada que la haga mejor que cualquier otra rana.

ô Tal vez usted no lo vea ô dijo Smileyô . Tal vez usted entiende de ranas y tal vez no; tal vez haya tenido usted experiencia o tal vez no sea usted más que un aficionado, por decir algo. De todos modos, yo tengo mi opinión, y estoy dispuesto a arriesgar cuarenta dólares a que ella salta más alto que cualquier rana del Condado de Calaveras.

El tipo meditó un minuto estudiando la idea, y luego dijo, como con un asomo de tristeza: ô Veá, yo soy aquí un forastero, y no tengo rana alguna; pero si tuviese una, apostarí.

Y entonces Smiley dijo: ô Muy bien, muy bien; si quiere usted tener mi caja por un minuto, voy por una rana y se la traigo.

El tipo tomó la caja, puso sus cuarenta dólares al lado de los de Smiley, y se sentó a esperarle.

Un buen rato estuvo sentado, hurgándole y hurgándole el pensamiento en la cabeza; y luego sacó la rana fuera de la caja, le abrió la boca, se sacó una cucharilla de café y la llenó bien colmada de perdigones de codornices y, quieras que no, llenó al animal casi, casi hasta la altura de la barbilla y lo de-

volvió al suelo. Smiley, en tanto, había ido a la ciénaga, donde se embarró bastante en el cieno hasta que finalmente encontró una rana. Vínose con ella, y se la dio al tipo, diciendo:

ô Ahora, si está usted listo, póngala usted al lado de la mía, con las patas anteriores bien parejas con las de Daniela, y yo daré la señal ô luego exclamô : Uno, dos, tres... ¡Saltar!

Y él y el tipo golpearon a las ranas por detrás; y la rana nueva brincó vivamente, pero Daniela suspiró muy hondo e izó los hombros, como un francés, pero sin que de nada le valiera, pues no se podía mover; estaba en el suelo más hincada que un yunque, y sin más posibilidad de meneo que si estuviera anclada. Smiley no volvía en sí de su asombro y de su disgusto; pero, naturalmente, no tenía la menor idea de lo ocurrido.

El tipo se quedó con el dinero y empezó a largarse; y cuando ya iba a traspasar el umbral, dio una sacudida a su dedo pulgar por encima del hombro ô asíô hacia Daniela, y dijo de nuevo, con la misma resolución.

ô Bueno, a esta rana *yo* no le veo nada que la haga superior a cualquier otra rana.

Smiley se quedó largo rato de pie, rascándose la cabeza y mirando a Daniela, y al fin dijo: ô Quisiera saber por qué demonios esta rana se quedó tan fija; me digo si le habrá ocurrido algo..., la verdad es que me parece muy abotagada ô y agarró a Daniela por la pelusa del cogote y dijo:

ô ¡Vaya, malditos sean mis gatos, si no pesa cinco libras! ô Y la puso cabeza abajo y ella eructó afuera dos puñados de perdigones. Entonces vio él lo que había pasado, y se puso furioso, y dejó a la rana por el suelo y echó a correr hacia el tipo, pero jamás volvió a dar con él. Y...

En este momento Simón Wheeler oyó que le llamaban desde el patio delantero, y se levantó para ver qué querían. Y volviéndose hacia mí, al alejarse, dijo:

ô Quédese ahí, forastero, y descanse a sus anchas. No tardaré un segundo en volver.

Pero, con el permiso de ustedes, yo no estimé que la continuación de la historia del emprendedor vaga-

bundo *Jim Smiley* pudiese valerme mucha información concerniente al Reverendo *Leonidas W. Smiley*, así es que emprendí mi partida.

En la puerta hallé al sociable Wheeler que volvía, el cual me fastidió volviendo a empezar:

ô Bueno, ese Smiley tenía una vaca amarilla, con un ojo nada más, y sin cola, sino un tronchito como una banana...

ô ¡Que el diablo se lleve a Smiley y a su afligida vaca! ô refunfuñé de buena gana, y despidiéndome del viejo señor, me marché.

EL ASISTENTE NEGRO DEL GENERAL WASHINGTON BOCETO BIOGRÁFICO

La parte realmente emocionante de la vida de este célebre hombre de color comenzó con su muerte, mejor dicho, las peculiaridades notables de su biografía se iniciaron con su primera muerte. Hasta entonces se había oído hablar muy poco de él, pero a partir de ese momento, oímos hablar de él incesantemente, jamás dejamos de recibir noticias suyas, con intervalos regulares y seguros. Su carrera ha sido realmente excepcional y he pensado que su historia constituiría un valioso aditamento a nuestra literatura biográfica. Por eso he cotejado con sumo cuidado los materiales para este boceto, tomándolos de fuentes auténticas, y se los presento aquí al público. He excluido severamente de estas páginas todo lo que ostenta un carácter dudoso, dado mi propósito de llevar este trabajo a las escuelas para instruir a la juventud de mi país.

El nombre del famoso asistente del general Washington era George. Después de haber servido fielmente a su ilustre amo durante medio siglo y de haber disfrutado durante todo este largo periodo de su alta estima y consideración, a George le tocó en suerte la dolorosa misión de depositar a su amado señor en la paz de su apacible tumba, junto al Potomac. Diez

años después ô en 1809ô el propio George murió abrumado de años y de honores, llorado por todos los que lo conocían. La *Gaceta* de Boston de esa fecha se refiere a dicho suceso en los siguientes términos:

George, el asistente favorito del llorado Washington, murió en Richmond, Virginia, el martes pasado, a la madura edad de 95 años. Su inteligencia se conservó intacta y su memoria firme hasta pocos minutos antes de su fallecimiento. Estuvo presente en la asunción del mando por Washington al ser reelecto presidente, y también en sus funerales, y recordaba claramente todos los incidentes notables relacionados con esos importantes sucesos.

A partir de entonces, ya no oímos hablar del asistente favorito del general Washington hasta mayo de 1825, en cuya oportunidad vuelve a morir. Un periódico de Filadelfia habla en estos términos del triste suceso:

En Macon, Georgia, murió durante la semana pasada a la avanzada edad de 95 años un negro llamado George, que fue el asistente favorito del general Washington. Hasta pocas horas antes de su muerte estuvo en plena posesión de todas sus facultades y pudo recordar claramente la segunda asunción del mando por Washington, su muerte y entierro, la rendición de Cornwallis, la batalla de Trenton, las penurias y privaciones de Valley Forge, etcétera. El difunto fue seguido hasta la tumba por toda la población de Macon.

El 4 de julio de 1830 y también de 1834 y 1836, el individuo sobre el cual versa este boceto biográfico fue exhibido con gran pompa, sobre la tribuna del orador del día, y en noviembre de 1840 volvió a morir. El *Republicano*, de Saint-Louis, del 25 de dicho mes, se expresó como sigue:

DESAPARECE OTRA RELIQUIA DE LA REVOLUCIÓN

George, antaño asistente favorito del general Washington, falleció ayer en casa del señor John Leavenworth, de esta ciudad, a la venerable edad de 95 años. Conservó el pleno dominio de sus facultades

hasta la hora misma de su muerte y recordó con toda claridad la primera y segunda asunción del mando del presidente Washington, la rendición de Cornwallis, las batallas de Trenton y Monmouth, los sufrimientos del ejército patriota en Valley Forge, la proclamación de la Declaración de la Independencia, el discurso de Patrick Henry en la Cámara de Representantes de Virginia y muchas otras reminiscencias de antaño de poderoso interés. Pocas veces fue lamentado el fallecimiento de un hombre blanco como lo fue el de este anciano negro. Un numeroso público concurrió a los funerales.

Durante los diez u once años siguientes, el protagonista de este boceto biográfico apareció con intervalos en las celebraciones del 4 de julio en diversas partes del país y fue exhibido en la tribuna con lisonjero éxito. Pero al llegar el otoño de 1855, volvió a morir. Los periódicos californianos se refieren al acontecimiento en estos términos:

DESAPARICIÓN DE UN VIEJO HÉROE

En Dutch Flat, el 7 de marzo, ha muerto a la avanzada edad de 95 años George, antaño asistente de plena confianza del general Washington. Su memoria, que no lo abandonó hasta el último momento, fue un maravilloso archivo de interesantes recuerdos. George recordaba claramente la primera y segunda asunción al mando del presidente Washington, como también su muerte, la rendición de Cornwallis, las batallas de Trenton y de Monmouth y de Bunker Hill, la proclamación de la Declaración de la Independencia y la derrota de Braddock. George era muy respetado en Dutch Flat y se calcula que en sus funerales estuvieron presentes diez mil personas.

El protagonista de este boceto murió por última vez en junio de 1864; y mientras no nos enteremos de lo contrario, es natural presumir que esta vez murió en forma definitiva. Los periódicos de Michigan se refieren en la siguiente forma al doloroso acontecimiento:

HA DESAPARECIDO OTRO ESTIMADO
SOBREVIVIENTE DE LA REVOLUCIÓN

George, un hombre de color, que fuera antaño el asistente favorito del general Washington, murió durante la semana pasada en Detroit, a la patriarcal edad de 95 años. Al morir, su inteligencia se conservaba intacta y pudo recordar claramente la primera y segunda asunción al mando de Washington y su muerte, la rendición de Cornwallis, las batallas de Trenton y Monmouth y Bunker Hill, la proclamación de la Declaración de la Independencia, la derrota de Braddock, el lanzamiento del té en el puerto de Boston y el desembarco de los peregrinos. George murió gozando de un gran respeto general y fue seguido hasta la tumba por un público numeroso.

¡El fiel y viejo criado ha desaparecido! Jamás volveremos a verlo hasta que aparezca de nuevo. Ha terminado, por ahora, su larga y espléndida carrera de muertes y duerme apaciblemente, como sólo duermen quienes se han ganado su descanso. George fue, en todos los sentidos, un hombre notable. Sobrellevó sus años más gallardamente que cualquier otro hombre célebre de la historia, y cuanto más vivió, más robusta fue su memoria y más vastos sus recuerdos. Si vive para volver a morir, recordará claramente el descubrimiento de América.

Creo que el antedicho resumen de su biografía es sustancialmente correcto, aunque haya muerto un par de veces en sitios oscuros, donde al suceso le faltó difusión periodística. Encuentro un solo error en todas las notas necrológicas citadas y conviene rectificarlo. En todas ellas George muere uniforme e imparcialmente a los 95 años de edad. Esto es imposible. George puede haber hecho eso una vez, o quizás dos, pero no puede haber proseguido haciéndolo indefinidamente. Si admitimos que al morir por primera vez lo hizo a los 95 años de edad, debió de tener 151 al morir por última vez, en 1864. Pero su edad no se mantuvo al ritmo de sus recuerdos. Al morir por última vez, recordaba claramente el desembarco de

los peregrinos, que tuvo lugar en 1620. Debió de tener unos veinte años de edad al presenciar el hecho, por cuyo motivo puede asegurarse sin temor a errores que el asistente del general Washington tenía cerca de doscientos sesenta o doscientos setenta años cuando abandonó finalmente esta vida.

Después de haber esperado un periodo de tiempo adecuado, para comprobar si el protagonista de este boceto nos había abandonado en forma irrevocable y digna de crédito, publico ahora esta biografía con confianza y la ofrezco respetuosamente a una nación en duelo.

P.S. Me entero, por los periódicos, de que ese infame y viejo farsante acaba de volver a morir en Arkansas. Con ésta, ya son seis las veces que se ha anunciado su muerte y cada vez en un sitio distinto. La muerte del asistente de Washington ha dejado de ser una novedad, ha perdido su encanto, la gente está cansada de ella; basta ya. Este negro, de buenas intenciones, pero descarriado, ha obligado ya a seis ciudades distintas al gasto de sepultarlo con gran pompa y ha inducido con engaños a decenas de miles de personas a acompañarlo hasta la tumba, con la ilusión de que se les confería una distinción selecta y especial. Que permanezca sepultado ahora para siempre; y que reciba la más severa de las censuras cualquier periódico que, en cualquier tiempo futuro, le anuncie al mundo que el asistente negro favorito del general Washington acaba de volver a morir...

DE UN VAGABUNDO EN EL EXTRANJERO

CUENTO DEL AZULEJO DE JIM BAKER

Los animales hablan entre sí, de eso no cabe duda. Nadie podrá negarlo, pero creo que son muy pocos los que saben entenderlos. Yo no he conocido más

que a un hombre capaz de ello. Pero conste que si lo sé, es porque me lo dijo él mismo. Era un hombre de edad mediana, minero sencillo y llano que había vivido muchos años en un rincón solitario de California, entre bosques y montañas, y había estudiado las costumbres de sus únicos vecinos, los animales y los pájaros, hasta que creyó que podía traducir exactamente cualquier observación que hiciesen. Se llamaba Jim Baker. Según Jim Baker, hay animales que no tienen más que una educación limitada y emplean únicamente palabras muy sencillas, sin utilizar comparaciones o figuras retóricas, mientras que otros tienen un vocabulario extenso, dominan a la perfección el lenguaje y lo usan de modo expedito y fluido; por tanto, hablan mucho; saben que tienen talento y se recrean en lucirlo. Baker me dijo que, después de una observación larga y cuidadosa, había llegado a la conclusión de que los azulejos eran los mejores habladores que había encontrado entre los pájaros y los cuadrúpedos. Oigan lo que me dijo:

õ El azulejo tiene más cualidades que ninguna otra criatura. Manifiesta humores de la más diversa índole, y más sentimientos que las demás criaturas; y, téngalo presente, lo que siente un azulejo sabe expresarlo con su lenguaje. Pero no crea que es un lenguaje chabacano, no señor: ¡es una cháchara parlanchina, completamente de libro... chispeante de metáforas, sí señor, chispeante! Y en cuanto a dominio del idioma, tenga por seguro que no encontrará jamás un azulejo que se trabe en una palabra. Nadie lo ha encontrado. ¡Les salen a borbotones! Y otra cosa: los he observado mucho, y no hay pájaro ni vaca ni nadie que tenga tan buena gramática como un azulejo. Me dirá usted que el gato tiene buena gramática. Es verdad, le doy razón; pero deje que se excite un gato, deje que se arranque el pellejo con otro gato sobre un tejado por la noche, y escuchará una gramática que lo dejará tieso. El ignorante cree que lo que le pone a uno los nervios de punta es el *ruido* que hacen los gatos al reñir. Pero no es así. Es la gramática que emplean. Pues bien, jamás he oído a ningún azulejo emplear

gramática mala. Pocas veces la emplean, y cuando lo hacen, se avergüenzan como cualquier humano. Cierren el pico y se van.

Podría uno llamar pájaro al azulejo. Bueno, lo es, hasta cierto punto... porque tiene plumas y creo que no pertenece a ninguna iglesia, pero, por lo demás, es tan humano como usted. Le voy a decir por qué. Las cualidades, instintos, sentimientos e intereses del azulejo son iguales que los de los hombres. El azulejo no tiene más principios que un diputado. El azulejo miente, roba, engaña, traiciona y, cuatro veces de cada cinco, quebrantará su promesa más solemne. Lo sagrado de una obligación es algo que no podrá usted meter en la cabeza a un azulejo. Pero, además de todo esto, hay otra cosa: el azulejo puede ganarle en el uso de palabras soeces a cualquier caballero de las minas. Usted cree que el gato sabe blasfemar. Sí, es verdad; pero dele a un azulejo motivo para lucir sus poderes de reserva, ¿y dónde queda su gato? No me lo discuta. Sé bien lo que me digo. Y otra cosa: en cuanto al pequeño renglón de regañar ô lo que se llama regañar genuinamente y con ganasô , el azulejo da ciento y raya a todo lo humano y divino. Sí señor, el azulejo es todo lo que es el hombre. Puede llorar, puede reír, puede avergonzarse, puede discutir, puede, y le gusta, chismorrear y escandalizar, tiene sentido del humor y... comprende cuándo hace el burro, lo mismo que usted... y puede que mejor. Si el azulejo no es humano, que me aspen, es todo lo que puedo decir. Ahora voy a contarle un hecho verídico sobre unos azulejos.

Cuando empecé a comprender el lenguaje de los azulejos, ocurrió un pequeño incidente aquí mismo. Hace siete años, se marchó el último hombre que había en esta región, sólo quedé yo. Ahí está su casa... vacía desde entonces; una casa de troncos, con techo de tablones, una sola habitación grande, y nada más; nada de cielo raso... nada entre las vigas y el suelo. Pues bien, estaba yo sentado un domingo por la mañana delante de mi cabaña, tomando el sol en compañía de mi gato, mirando las montañas azules, escuchando el rumor solitario de las hojas en los

árboles y pensando en el hogar que dejé en otros estados lejanos, del que no había sabido nada en trece años, cuando se posó un azulejo sobre esa casa con una bellota en el pico y dijo:

ô Hola, me parece que he dado con algo bueno.

Al hablar, se le cayó la bellota y fue rodando por el tejado, como es natural, pero no le importó: tenía la mente puesta en lo que había encontrado. Era el agujero de un nudo que había en una madera del techo. Ladeó la cabeza, cerró un ojo y acercó el otro al agujero como una zarigüeya que se asoma a un jarro; luego miró hacia arriba con sus brillantes ojos; hizo un guiño o dos con sus alas ô revoloteó que significa alegría, para que usted lo sepa ô , y dijo:

ô Parece un agujero, está situado como un agujero... ¡vaya si no es un agujero!

Entonces agachó la cabeza y echó otra ojeada; mira hacia arriba de nuevo, lleno de alborozo; guiñó ahora con las alas y la cola a la vez y dijo:

ô Oh, no, no es cosa de broma, supongo. ¡Menu-da suerte tengo!... ¡Cómo! Es un agujero de lo más elegante.

Total que vuela hasta el suelo, agarra otra vez la bellota, la sube y la deja caer por el agujero... Estaba echando la cabeza hacia atrás, con la sonrisa más beatífica en la cara, cuando de repente se quedó paralizado en actitud de escuchar y la sonrisa poco a poco desapareció de su rostro, como el aliento de una navaja bruñida, y en su lugar se reflejó el gesto más extraño de sorpresa. Entonces dijo:

ô Pero si no lo he oído caer...

Volvió a acercar el ojo al agujero y se quedó mirando un buen rato; levantó la cabeza y la sacudió; pasó al otro lado del pequeño boquete y miró también desde allí; volviendo a menear la cabeza. Lo estudió un rato y entró en detalles: dio una vuelta y otra y otra al agujero y lo observó bien desde todos los puntos de la brújula. Inútil. Entonces, sobre el caballete del tejado, adoptó una actitud pensativa. Se rascó la parte de atrás de la cabeza un momento con el pie derecho, y por fin dijo:

ô Bueno, es demasiado para mí, no cabe duda; tiene que ser un hueco enorme; sin embargo, no tengo tiempo para hacer el tonto por aquí. Tengo negocios que atender. Creo que es de primera... probaré, de todos modos.

Así que se puso a volar, trajo otra bellota y la dejó caer por el agujero y trató de arrimar el ojo lo más pronto posible para ver qué pasaba, pero fue demasiado tarde. De todos modos, siguió con el ojo pegado allí como un minuto; luego se incorporó, suspiró y blasfemó:

ô Maldita sea, no entiendo nada de esto; nada. Sin embargo, voy a intentar de nuevo.

Buscó otra bellota e hizo lo posible por enterarse de su fin; pero no pudo. Dijo:

ô Jamás había encontrado un agujero como éste; opino que es una clase totalmente nueva de agujero.

Entonces empezó a irritarse. Le dio por pasear un rato arriba y abajo por el caballete del tejado, meneando la cabeza y murmurando algo para sus adentros. Pero acabó por perder la paciencia y se insultó como un endemoniado. Nunca había visto a un pájaro tomar las cosas tan en serio. Cuando recobró la calma se acercó al boquete y miró por él hasta medio minuto. Luego sentenció:

ô Eres un agujero grande, un agujero hondo, un agujero de lo más singular... pero ya he empezado a llenarte y que me... si no te lleno hasta arriba, ¡aunque me lleve cien años!

Y sin más, se fue. Jamás ha visto usted en lo que lleva de nacido cosa igual. Regresó a trabajar sin descanso; y le digo a usted que la manera como dejó caer bellotas dentro de aquel agujero durante dos horas y media fue uno de los espectáculos más interesantes y asombrosos que he presenciado. Ya no se detenía a mirar... sino que dejaba caer las bellotas e iba a buscar más. Bueno, terminó por casi no poder batir las alas; estaba como muerto. Pero, alicaído y todo, baja una vez más, trasudando como una vasija de hielo. Deposita su bellota y dice:

ô ¡Ahora creo que te he llenado a mi gusto!

Y se agachó para mirar. Puede creérmelo: cuando levantó la cabeza, estaba pálido de rabia. Exclamó:

ô ¡He apaleado por este agujero bellotas suficientes para alimentar a mi familia durante treinta años; y que me vea dentro de dos minutos en un museo, con la barriga llena de serrín, si soy capaz de distinguir una sola!

Apenas si tuvo fuerzas para treparse otra vez al caballete del tejado y apoyar la cabeza contra la chimenea para recapacitar sobre sus impresiones y despejar su mente. En un momento comprendí que lo que había interpretado en las minas como blasfemias no eran más que los rudimentos, como los llamaría usted.

Pasaba por allí otro azulejo y le escuchó en sus devociones, por lo que se detuvo a investigar qué ocurría. El afligido le narró todos los detalles y agregó:

ô Ahí abajo está el agujero; si no me crees, ve y mira tú mismo.

Su compañero fue y miró. Regresó y le dijo:

ô ¿Cuántas me dijiste que habías metido?

ô No menos de dos toneladas ô le contestó el doliente.

El otro azulejo se retiró y miró otra vez. Al no poder adivinar el acertijo, gritó, y acudieron otros tres azulejos. Entre todos estuvieron examinando el agujero. Todos pidieron al doliente que repitiese el cuento. Entre todos lo discutieron y de todas aquellas cabezas emplumadas salieron tantas opiniones como de un grupo de personas humanas.

Llamaron a más azulejos; luego a otros más, hasta que, al poco tiempo, toda esta comarca pareció teñirse de azul. Debieron de ser por lo menos cinco mil; y en su vida ha oído usted más gorjeos, discusiones, charloteos y maldiciones. No hubo azulejo de todos los que acudieron, que se quedara sin mirar por el agujero y emitir sobre aquel misterio una opinión más disparatada que la del pájaro que le había precedido. Examinaron además toda la casa de arriba abajo. La puerta estaba entornada y, por fin, un azulejo viejo se acercó a ella y miró adentro. Naturalmente acabó con

el enigma. Allí estaban las bellotas, esparcidas por el suelo. El pájaro batió las alas y levantó el vuelo.

ô ¡Vengan! ô exclamó . Venga aquí todo el mundo. ¡Que me ahorquen si este tonto no ha estado intentando atiborrar la casa de bellotas!

Todos se abatieron en revoloteo unánime como una nube azul y, según descendían a la puerta y miraban al interior, comprendían lo absurdo de la tarea que el primer azulejo había emprendido y se tumbaban de espaldas, por la risa que les producía el espectáculo. Y al siguiente le pasaba lo mismo, y así sucesivamente.

Pues, verá usted, señor: estuvieron gorjeando allí mismo, sobre el tejado de la casa y sobre los árboles durante una hora, soltando carcajadas y comentando todo como seres humanos. Es inútil que me diga usted que los azulejos no poseen sentido del humor, porque los conozco bien. Y tengo memoria. Trajeron acá azulejos de todas las partes de los Estados Unidos para que miraran por el agujero; así lo estuvieron haciendo durante tres años en cuanto llegaba el verano. Y vinieron otros pájaros también. Todos celebraban inmediatamente lo que había ocurrido, menos una lechuza que llegó de Nueva Escocia para visitar el Yosemite, y al regresar a su tierra dijo que no comprendía la gracia del asunto. También quedó decepcionada del Yosemite.ö

UN REPORTAJE SENSACIONAL

El joven, nervioso, apuesto y jovial, aceptó la silla que le ofrecí, dijo pertenecer al cuerpo de redacción de *La Tempestad*, y agregó:

ô Supongo que no molesto... He venido a hacerle un reportaje.

ô ¿A qué?

ô A hacerle un *reportaje*.

ô ¡Ah! Comprendo... comprendo. ¡Hum! Sí... Está bien.

Yo no me sentía muy alegre aquella mañana. En realidad, mis facultades espirituales parecían algo deprimidas. Con todo, fui hacia mi biblioteca y después de haber buscado durante seis o siete minutos, tuve que recurrir al joven. Le dije:

ô ¿Cómo se deletrea eso?

ô ¿El qué?

ô La palabra ñreportajeö.

ô ¡Santo Dios! ¿Para qué quiere usted deletrearla?

ô No quiero deletrearla: quiero ver qué significa.

ô Pues eso me parece sorprendente. *Yo mismo* puedo decirle qué significa si usted... si usted...

ô ¡Oh! No se moleste. Me bastará con que la deletree y le quedaré muy agradecido, además.

ô R-E-P-O-R-T-A-J-E.

ô ¿De modo que empieza con R-E?

ô ¡Naturalmente!

ô ¡Por algo me costaba tanto encontrarla!

ô Pero, mi *estimado* señor... ¿Cómo pensaba *deletrearla* usted?

ô Francamente, no... no lo sé muy bien. Tengo el diccionario enciclopédico completo y busqué en el último tomo, confiando en encontrarla entre las láminas. Pero se trata de una edición muy antigua.

ô Pero, amigo mío... Usted no encontraría eso representado en una lámina ni aun en la última edi... Perdón, estimado señor... No hablo con mala intención, pero usted no me parece tan... tan... inteligente como yo suponía. Tenga en cuenta que no hablo con mala intención.

ô ¡Oh, no hay de qué! Se ha dicho a menudo ô y eso por gente incapaz de adulonerías y a quien no se podría inducir a adularô que yo soy realmente notable en ese sentido. Sí... sí. Siempre hablan del asunto con éxtasis.

ô Me lo imagino sin dificultad. Pero en cuanto a ese reportaje... Usted sabrá que, actualmente, se acostumbra hacer reportajes a todo hombre que ha llegado a destacarse.

ô A decir verdad, es la primera vez que oigo hablar del asunto. Eso debe de ser muy interesante. ¿Con qué lo hace?

ô Ah... Le diré... Se trata de algo desalentador. *Debiera* ser hecho con una porra en ciertas ocasiones; pero, habitualmente, el reportero se limita a formular preguntas y el reportado a contestarlas. Es algo que está de moda. ¿Me permite que le formule ciertas preguntas, destinadas a poner de relieve los puntos culminantes de su historia pública y privada?

ô Oh... Con placer. Con placer. Tengo muy mala memoria, pero supongo que eso no le importará. Quiero decir que se trata de una memoria irregular... sumamente irregular. A veces marcha al galope, y a veces tarda quince días en franquear determinado punto. Esto me apena mucho.

ô Oh, no importa. Usted procurará contestarme lo mejor que pueda.

ô Así lo haré. Empeñaré en ello todo mi cerebro.

ô Gracias. ¿Está pronto a empezar?

ô Pronto.

PREGUNTA. ô ¿Qué edad tiene?

RESPUESTA. ô Voy a cumplir los diecinueve años en junio.

P. ô ¿Será posible? Yo le habría dado treinta y cinco o treinta y seis. ¿Dónde ha nacido?

R. ô En Missouri.

P. ô ¿Cuándo comenzó a escribir?

R. ô En 1836.

P. ô ¿Cómo puede ser, si sólo tiene diecinueve años?

R. ô No lo sé. El asunto me parece un poco curioso.

P. ô Y lo es. ¿Quién es, en su opinión, el hombre más extraordinario que haya conocido?

R. ô Aarón Burr.

P. ô Pero usted no pudo conocer a Aarón Burr si sólo cuenta diecinueve años...

R. ô Hombre, si usted sabe más que yo, ¿por qué me hace preguntas?

P. ô Bueno, bueno... Ha sido solamente una insinuación, nada más. ¿Cómo conoció a Burr?

R. ô Le diré... Estuve cierto día en sus funerales y él me pidió que no hiciera tanto ruido y...

P. ô Pero... ¡Santo cielo! Si usted estaba en los funerales de Burr, éste debía estar muerto. Y si estaba muerto... ¿cómo pudo preocuparse de si usted hacía ruido o no?

R. ô No lo sé. Burr fue siempre un hombre muy personal en esas cosas.

P. ô Sin embargo, no lo comprendo del todo. Usted dice que Burr le habló y que estaba muerto.

R. ô Yo no he dicho que Burr estuviera muerto.

P. ô Pero... ¿acaso no lo estaba?

R. ô Algunos dicen que sí, otros dicen que no.

P. ô Y usted..., ¿qué opina?

R. ô ¡Oh! Eso no es cosa mía. No eran mis funerales.

P. ô ¿Y usted?... Bueno... De todos modos, eso jamás lo aclararemos. Permítame que le pregunte alguna otra cosa. ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?

R. ô El lunes 31 de octubre de 1693.

P. ô ¿Cómo? ¡Imposible! Eso significa que usted tiene ciento ochenta años de edad. ¿Cómo se lo explica?

R. ô No me lo explico en absoluto.

P. ô Pero usted dijo al principio que sólo tenía diecinueve años, y ahora afirma que cuenta ciento ochenta. La contradicción es tremenda.

R. ô ¿Lo ha notado? (*Estrechándole la mano al periodista.*) A mí me pareció en muchas ocasiones que la contradicción era tremenda, pero no sé por qué, no podía llegar a una conclusión. ¡Cuán pronto nota usted las cosas!

P. ô Gracias por el cumplido. ¿Tuvo usted ô o tieneô hermanos o hermanas?

R. ô Este... Yo... yo... yo así lo creo... pero no lo recuerdo.

P. ô ¡Pues su declaración es la más extraordinaria que yo haya oído en toda mi vida!

R. ô ¿Por qué piensa eso?

P. ô ¿Cómo quiere que piense? Mire... ¿De quién es ese retrato de la pared? ¿No se trata, acaso, de un hermano suyo?

R. ô ¡Oh! Sí, sí, sí. Ahora recuerdo: éste era hermano mío. Es William... lo llamábamos Bill. ¡Pobre Bill!

P. ô ¿Por qué? ¿Ha muerto?

R. ô Este... Supongo que sí. Nunca pudimos aclararlo. Hay gran misterio en el asunto.

P. ô Eso me parece lamentable, muy lamentable. Entonces... ¿Bill desapareció?

R. ô Le diré... Sí, en términos generales. Lo enterramos.

P. ô ¡Lo *enterraron!* ¿Lo enterraron sin saber si estaba vivo o muerto?

R. ô ¡Oh, no! Eso, no. Estaba suficientemente muerto.

P. ô Confieso que no lo entiendo. Si ustedes lo enterraron y sabían que estaba muerto...

R. ô ¡No, no! Sólo creíamos que lo estaba...

P. ô ¡Ah!, comprendo. ¿De modo que resucitó?

R. ô Apostaría a que no.

P. ô A decir verdad, jamás he oído algo semejante. *Alguien* estaba muerto. *Alguien* fue enterrado. Y bien... ¿En qué consiste el misterio?

R. ô ¡De eso se trata, precisamente! Eso es. Le explicaré... El difunto y yo éramos mellizos y nos mezclamos en la bañera cuando sólo teníamos dos semanas de edad, y uno de nosotros se ahogó. Pero no supimos cuál. Algunos creen que fue Bill. Otros, que fui yo.

P. ô Esto me parece extraordinario. Y usted, ¿qué opina?

R. ô ¡Vaya usted a saber! Daría cualquier cosa por aclararlo. Ese solemne y horrible misterio ha proyectado una sombra sobre toda mi vida. Pero, ahora, le diré un secreto, un secreto que jamás he revelado a un ser viviente. Uno de nosotros tenía una señal característica, un gran lunar en el dorso de la mano izquierda. Ese, era yo. *¡Ese niño fue el que se ahogó!*

P. ô Perfectamente. Siendo así, no veo en qué consiste el misterio.

R. ô ¿No lo ve? Yo, sí. De todos modos, no sé cómo pudieron cometer el espantoso error de enterrar

al otro niño. Pero... ¡chitón! No lo mencione; podría oírlo la familia. Por cierto que ya tienen bastantes dolorosas preocupaciones sin ésa.

P. ô Bueno... Supongo que tengo bastante material por ahora y le agradezco las molestias que se ha tomado. Pero me interesó mucho su relato de los funerales de Aarón Burr. ¿Tendría la amabilidad de decirme qué circunstancia le ha hecho pensar que Burr era un hombre tan extraordinario?

R. ô ¡Oh! ¡Una bagatela! Apenas si la habría notado un hombre de cada cincuenta. Al terminar el sermón y cuando la procesión estuvo pronta a partir hacia el cementerio y el cadáver fue bonitamente instalado en la carroza fúnebre, Burr dijo que quería echar una última miradita al paisaje, de modo que *se levantó y viajó en el pescante con el cochero.*

En este momento, el joven periodista se retiró, con aire respetuoso. Su compañía me resultaba muy grata y lamenté que se marchara.

Mark Twain, Material de Lectura,
Serie el Cuento Contemporáneo, núm. 91,
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.
Cuidado de la edición: Ana Cecilia Lazcano y Ari Cazés.
Portada: pintura de Becky Thatcher.